

MONTÚFAR.

¡Oh qué poco saben! Quiero que adviertan que yo paso adelante á todos los vulgares que han tratado estas materias; yo no soy tintorero, sino expulsor de canas. Por Dios que sería muy buen remendón el que echase un remiendo que cada tercer día fuese menester renovalle; no, mi señores, aquel sólo es buen remiendo, que dura tanto como el vestido donde se pone, y así yo sólo juntamente me intitulo el remendón de la naturaleza.

DONATO.

Dice vuesa merced bien. ¡Por Dios que no es derramar blasones atrevidos al aire! ¿Es posible que haya llegado vuesa merced á tanta perfección en este arte, que no sólo tiñe y disfraza las canas, sino que las expele de una vez para siempre, como España á los moriscos? ¿Pues qué le han hecho las canas á vuesa merced que con tanto rigor las destierra?

MONTÚFAR.

Á mí, hasta agora, no han llegado á hacerme ofensa considerable, porque mis años no pasan de treinta y dos; pero el deseo de beneficio común, y mi aprovechamiento, me hicieron maestro.

FLORO.

Siendo verdad lo que dice vuesa merced, si da una vuelta á todo el reino, dentro de pocos años tendrá vuesa merced á España sin ninguna cana.

DONATO.

Y aun agora parece que lo está en el poco juicio que muestra en los trajes que usa.

FLORO.

Ea, señor, que vuesa merced hace muy bien, y es justo que, supuesto que está tan pobre que no tiene blancas, que no tenga canas; basta que los cuatro meses del invierno, en virtud de la licencia poética, encarezcan las altas tierras y encumbrados montes.

MONTÚFAR.

Al fin queréis que todas las canas se queden para nuestra madre la tierra, y no es mucho que, siendo tan vieja, le salgan muchas, y más con los pesares que le damos cada día, siendo hijos desagradecidos.

FLORO.

Sentencia, por Dios, aguda, y muy á tiempo; basta, que aun los remendones se entran á ser filósofos morales.

MONTÚFAR.

Pues qué, ¿eran los filósofos morales, sino unos remendones de la naturaleza en la parte que toca á las costumbres? Yo soy remendón de la naturaleza en lo natural y en lo moral; soy jugador de la negra y blanca, y caballero de entrambas sillas. Al fin, señor, yo le pondré á vuesa merced cierto emplastro en cabeza y barba con que se le caigan cuantos pelos blancos tiene en su persona, y no vuelvan á sa-

lirle; mas déjeme vuesa merced hasta cuatro escudos en oro, porque se ha de deshacer el oro y echarse mezclado con otras cosas en el unguento que ha de llenar el emplastro, que después, si el efecto saliere bien, como es infalible, vuesa merced me dará el premio que su agradecimiento le enseñare, que será mayor que el que pide mi deseo.

ROB.

¡Oh, cuánto obliga una cortés petición! Tome vuesa merced cuatro doblones, porque quiero que le haga vuesa merced á toda costa. No le duela á vuesa merced el hacienda, que quiero á precio de escudos vender mis blancas, que después que se dijo «doña Blanca está en Sidonia, contando su historia amarga», hallo que todas las historias de las blancas deben de ser desabridas; en unos, porque no las tienen en la bolsa, y en otros, porque las tienen en la cabeza.

DONATO.

Señor, las blancas desde entonces empezaron á ser desdichadas, porque trataron con dueñas, porque, si mal no me recuerdo, la copla prosigue diciendo: «A una dueña se la cuenta, que en la prisión la acompaña.» ¡Oh miserable reina doña Blanca!, pues no sólo estaba presa, sino en conversación con una dueña, que era la mayor cadena de su prisión.

MONTÚFAR.

Señor, ¿de qué sirven digresiones en materia que tanto importa! Váyase vuesa merced norabuena, y envíe por mí pasado mañana, antes de las ocho, y verá vuesa merced la liberalidad, limpieza y certidumbre de mis manos, porque adivino todos los pelos que se disponen para hacerse canas, y los detengo antes que caigan en la tentación.

ROB.

Señor, yo he llegado á la bienaventuranza de la pelambreira negra; vuesa merced me pondrá una cabeza, guinea y moniconga, que, aunque los primeros días se ha de hallar bozal con la novedad, ella se hará ladina con el tiempo.

DONATO.

No dice bien: ella no se ha de hallar bozal, sino los que la vieren se han de hallar bozales con ella.

ROB.

No estoy tan de espacio, que pueda darme de puñadas con réplicas. ¡Adiós, señores, adiós!

MONTÚFAR.

Paréceme que ahora quedamos solos y podremos hablar en nuestro particular. Mas ¿quién se entra con tanta resolución? Chapines suenan. ¿Quién pudiera entrarse con esta libertad, sino una mujer, que han presumido que pueden ser dueñas de todo en todo?

LEON.

Señor, venga vuesa merced conmigo luego, por amor de Dios, que tengo á un marido malo

ALGUACIL.

Vos le habéis echado un gentil remiendo á la libertad del remendón de la naturaleza, que si no, padeciera prisión larga por muchos días.

Así se dió fin, y sin esperar á que los músicos distinguiesen cantando las acciones, empezaron esta intitulada *El Cocinero del Amor*, descosos de abreviar con su fatiga, aunque tan en daño del entretenimiento de los que los escuchaban.

69

VII.—El Cocinero del amor.¹

Salen MORALES y MEDINA.

MORALES.

Ha venido á la corte un cocinero, que no guisa manjares, sino gustos, y con notable gracia los sazona.

MEDINA.

Dénle de cocinero la corona. Desde hoy todo he de ser admiraciones, pues gracia tan notable y peregrina ha venido á rodar á la cocina; ¿por las cocinas andan ya los gustos? Pero siendo tan malos no me espanto, que tanto ha de bajar quien baja tanto.

MORALES.

Pues ¿hoy hay malos gustos?

MEDINA.

¿No has visto por la corte muchos necios que, por ser singulares en capricho, en bárbaros asuntos se recrean, porque en la novedad sola se emplean?

MORALES.

Este es un cocinero tan sublime, que toda su cocina generosa en lo más interior del alma asienta; no pienses que el mandil ciñe delante.

MEDINA.

¿Por qué te desvaneces, ignorante? Bueno es que tú me adviertas lo que entiendo. Déjame gallardear lozanamente, con ingenio feliz, á mi albedrío; permite que le goce, pues que es mío. Al fin sepamos ya de cuáles gustos sazona este famoso guisandero.

MORALES.

De los gustos de amor.

MEDINA.

Por vida mía, que he de quitar la máscara al picaño. Su nombre le llamad.

MORALES.

¿Cuál?

MEDINA.

Alcahuete.

en una cama, con una nube que se le ha hecho en el ojo izquierdo, y antes de tenerla era él tan mal acondicionado, que los más días tenía- mos nublado en casa; mire vuesa merced agora con esta nueva ocasión qué nos podremos prometer.

MONTÚFAR.

Su condición fué pronóstico de su desdicha. ¿Sabe vuesa merced que me parece que le dejemos con la nube para que le sirva, ya de disculpa, ya de castigo de su temeridad?

LEON.

No, señor. ¡Por amor de Dios, que me restituya vuesa merced á mi marido con rostro sereno y limpio de nubes!

MONTÚFAR.

¡Pobre de mí, señora! Si vuesa merced, con ser sol, no ha podido desterrar esa nube, ¿qué haré yo, miserable artifice, tan miserable, que soy un remendón desdichado?

LEON.

Parece que este requiebro me le ha dicho vuesa merced por remiendo de la cura; y si la cura ha de ser remiendo, y ella ha de venir también remendada, tendrá esta cura más remiendos que vestido de pobre.

ALGUACIL.

Téngase á la justicia.

MONTÚFAR.

¿Qué pretende la justicia en mi casa?

ALGUACIL.

Saber de vuesa merced con qué licencia se ha entremetido á ser curandero, sin acudir á hacer su examen delante de los señores protomédicos, conforme lo tienen dispuesto las leyes destos reinos, que hablan en este caso.

MONTÚFAR.

Yo no soy curandero, sino remendón de la naturaleza suprema, de quien he sido elegido; y así, viniendo aprobado della, no he menester acudir á otros tribunales.

ALGUACIL.

¡Gentil respuesta de loco! Pero yo le llevaré de los cabezones arrastrando por lo que ha dicho.

LEON.

No haréis tal, que yo sola bastaré á defendelle á chapinazos, que palos de corcho, y dados por una mujer, á ningún alguacil agravian.

MONTÚFAR.

Con la justicia no quiero voces, y menos con la de los médicos, que ejecuta, no en la hacienda, sino en la salud y vida.

ALGUACIL.

¡Por Dios que se me fué de entre las manos!

LEON.

Mal conocéis la virtud de mis chapines.

¹ En las *Fiestas de la boda de la incasable malcasada*, Madrid, 1622.

MORALES.

¡Jesús, Jesús, qué torpe grosería!
Mal conocéis mi mucha cortesía.

MEDINA.

Así le llaman todos en la corte.

MORALES.

Vulgarísimo estáis, rudo y grosero,
y no poco lucido majadero,
y es gran cosa lucir adonde hay tantos.

MEDINA.

La común opinión me da por libre,
y á vos por mil razones os condena,
que afrentáis con tanta bárbara osadía
lo que aplauso y respeto merecía.

MORALES.

Andad con Dios, pues no querréis hablalle,
déjame solo á mí.

MEDINA.

Si, hablalle quiero,
y andar con él cortés y agradecido,
que yo sólo me enfado de la máscara
y de que éste su oficio no le precie,
pues le inventa con frases nuevos nombres;

MORALES.

Esa es común flaqueza entre los hombres,
demás de que este tal no es alcahuete,
pues nadie para nadie solicita,
sino vertiendo luces aconseja
cómo se han de guiar las pretensiones,
que éste pasos no da, sino razones.

MEDINA.

Alcahuete será desde su casa
si el oficio se queda en los umbrales.

MORALES.

Si le habláis, quedaréis desengañado.

MEDINA.

Guíseme á mí el amor de cierta dama,
que yo le llamaré como él quisiere,
sin poner en disputas más su nombre,
porque por mí no pierda tan buen hombre.

MORALES.

Buen hombre con razón podéis llamalle,
pues tan sin interés usa este oficio,
que á los pobres perdona sus derechos.

MEDINA.

¡Á los pobres de balde?... Es una chanza,
que se rotula ya por las esquinas,
y es piedad que la tiene un sacamuélas
con ser el más cruel de los mortales,
que pienso que Nerón tuvo este oficio
sólo por verter sangre tan costosa,
que esta es mi opinión, más dolorosa.

MORALES.

Sin duda que os habéis muelas sacado
con algún oficial lerdo y dormido;
y con la boca en que os dejó dolores
hoy tomáis dél tan áspera venganza,
con que la lengua venga á las encías,

que por no ser la espada cortadora
habéis hecho la lengua vengadora.

MEDINA.

¿Venimos á decirnos pesadumbres?
Porque os diré yo tantas...

MORALES.

Paso, paso,
que cuando las digáis tendré respuesta,
que en decillas y hacellas soy tan diestro,
que podéis recibirme por maestro.

Sale MAESE JÁCOME.

Callad, que sale ya Maese Jácome,
divertido y haciéndose el mostacho.
El anda consultando algún despacho
que en la imaginación le pelotea.
No le hablemos, prosiga su discurso,
porque aquí no venimos á enojalle,
y será divertille molestalle.
Tiene reverencial fisonomía;
á respeto convida su semblante;
extraña majestad de cocineros.

MEDINA.

Tales son los guisados que sazona.

MORALES.

¿Habéis comido alguno?

MEDINA.

¿Si he comido?
¿Eso me preguntáis? ¡Si es este el día
primero que visito sus umbrales!

MORALES.

Pues ¿por qué alabáis tanto sus guisados?

MEDINA.

Por ser de todo el mundo celebrados.
Empeñóme en la voz común, y sigo
la alabanza de todos, que no quiero
presumir que engañarse pueden todos
creyendo que soy solo el advertido;
necedad no de gusto y de gran ruido.

MAESE.

¿Quién son?

MORALES.

De vuesarced dos servidores,
que venimos de amor á la cocina
con gran necesidad de unos guisados.

MAESE.

Pregunto, ¿han de ser dulces ó salados?
Y declaróme más: guisados dulces
son aquellos amores que se alcanzan
sin que haya prenda grande de dinero,
y salados aquellos que dilata
amor hasta beber un mar de plata.

MEDINA.

El mío pienso que es guisado dulce,
porque enamoro á cierta doncella
que el mismo sol la ronda y la festeja.

MAESE.

Si tiene madre, no os haré el guisado
sin que lleve más sal que dos tocinos,

MORALES.

Quisiera guisar salada y dulce;
aquí agua de mar, y allá de río;
guisarla toda dulce es imposible,
pues salarla yo toda apenas puedo.

MAESE.

Decid su condición, abrid camino
por ver si en ella tiene algún achaque
por donde la guisemos con dulzura.

MORALES.

Gasta gran vanidad con su hermosura.

MAESE.

Pues yo os la guisaré dulce y salada,
y con tal brevedad, que no haya modo
que la ponga más fácil y sabrosa,
y es la primera vez que en mi cocina
se hace este guisado indiferente;
pero yo soy tan diestro cocinero,
que aquí mostrar mi sutileza quiero.

MORALES.

Sacad los instrumentos más felices
desta cocina, haced gallarda muestra
de tan grande virtud. ¡Ay, que me abraso!

MAESE.

Si os abrasáis, estáis muy en el caso,
que si estáis con amor y en su cocina,
el amor y cocina dicen fuego.

MORALES.

Mi golosina es el tal, que no sosiego.
Y hice bien en llamarla golosina,
porque es la tal mujer toda donaire,
pequeña en cuerpo y en el traje airoso:
sin duda es golosina muy sabrosa.

MAESE.

¡Oh, qué bien os pegaron el flechazo!
Aún vertéis mucha sangre de la herida.

MORALES.

Digo que es golosina de mi vida.

MAESE.

Oid con atención, señor goloso.

MEDINA.

Despachalde, por Dios, con mucha prisa,
que si da en golosear, saldrá sin labios,
que con gusto lascivo se los muerde.

MAESE.

Ser goloso de amor es travesura,
en que mucho del alma se aventura.
Golosead más despacio, caballero,
ó prevenid escuadras de dinero.
¿Han visto el golosón?... No tiene hacienda
para pagar lo que se alegra agora
en la contemplación de su señora.
¡Oh moderno Amadis, en quien aún viven
de aquella antigüedad finezas necias,
en tiempo que no Porcias ni Lucrecias!...
Tratemos del guisado.

MEDINA.

¡Sí, tratemos;

que siempre son las madres muy saladas,
y para desatallas, no es bastante
el Río de la Plata y su corriente;
salmuera es, ¡vive Dios!, tan mala gente,
porque estas madres rancias es forzoso
que á fuerza de la sal se conservasen,
y su conservación en ella estiman,
con que á tener de sal tal parte vienen,
que ya cualquiera madre en ser salada
al agua de la mar no debe nada.

MEDINA.

No tiene madre, no.

MAESE.

Si tiene tía,
aún será de peor naturaleza.

MEDINA.

Esta de madre y tía se halla huérfana.

MAESE.

¡Oh mil veces mancebo venturoso!,
pues sirves á doncella tan simplona
que le falta la sal de madre y tía,
guisarétela dulce: espera un poco.

MEDINA.

Esta esperanza me ha de volver loco.

MAESE.

Tomad cuatro billetes bien pensados,
que es lo mismo que estar muy bien manidos;
con que quizá saldrán también muy necios;
echarísles por dulce dos romances,
prestados de un poeta caudaloso,
no de aquellos durazos, que un soneto
paren de mes á mes con muchas ansias,
aunque mezclad de toda poesía,
que doncellas que suelen comer barro
morderán de un conceto de guijarro.
Paseos por su calle, cada día,
y fiestas y domingos á la iglesia,
te harán este banquete muy sabroso,
y luego el palabron del casamiento,
muy lejos de pensar su cumplimiento,
cojerásla á palabras deste modo
con que vendrá á salirte dulce todo.

MEDINA.

¡Oh hábil cocinero!: tus primores
justamente te han puesto en la cocina
de corte tan insigne y populosa.

MAESE.

Aquí no se agradecen alabanzas.

MEDINA.

Pues recibe este pobre donativo.

MAESE.

Tener don en la mano y no en el nombre,
hacen ilustre y respetado á un hombre.

MORALES.

Yo amo á una mujer entre mil luces,
que ni sé si es doncella ó si es casada,
ni viuda ni soltera por el traje.

MAESE.

Esas mujeres son de mal linaje.

hagamos este amor bodegonada:
alcánceme siquiera una tajada.

MAESE.

Para guisarla dulce, si ella es vana,
echaréis de lisonjas dos puñados;
y mirad que no vayan exprimidas,
porque éstas no serán encarecidas.
Echaréis otro tanto de paseos,
tercia parte de música y retratos;
desafíos por ella, cuatro onzas,
con amigos que estén ya prevenidos
de que es sólo pomposa la pendencia,
quedándose allí Marte en la apariencia;
así la dejaremos medio dulce.
Por cuanto en vanidad es eminente,
pero por ser también interesable,
que esto es fuerza la tenga muy salada,
dalda vos de cristal algunas joyas,
que si el cristal es agua, y este nombre
al agua dan los célebres poetas,
la dejará el cristal de tan buen gusto,
que no le quede sal, sino una poca
para decir donaires con la boca.

MORALES.

Pues si la boca es el instrumento
con que pide, y allí la sal le queda,
la sal está en la boca peligrosa.

MAESE.

Callad, que allí la sal es muy graciosa.
No me repliquéis más, que la he guisado
como para mi propio, si quisiera
carne con tanta sal, mas no me agrada,
que con esto da indicios de dañada.

MORALES.

Eso no puede ser, porque sus labios
higas dan á la púrpura; sus dientes
castigan altiveces del aurora.
Al fin ella se ve tan limpia y sana,
como... quise decir una manzana.
¡Qué cosa tan vulgar!; no, no la digo.
Mas si es significativa, mas si es propia,
por la vulgaridad ¿qué perder puede?
Nada, pues si perder no puede en esto,
yo me quiero volver á mi lenguaje,
porque á lo propio no he de hacelle ultraje;
y así digo, señores, que está sana
como el rojo frescor de una manzana.

MAESE.

Es forzoso que tenga enfermo el hígado
una mujer que aliento malo tiene,
que siempre el pedigüño ha sido enfermo.
Pero dejando agora estas disputas,
mirad si este guisado os satisface
porque tengo que hacer muchos guisados
para un gran banquetón de convidados.

MORALES.

Yo quisiera llevale por escrito.

MAESE.

Pues volveos á la noche y con las gracias.

MORALES.

¿Traerélas en metal?

MAESE.

Y muy luciente,
que entonces son las gracias tan cumplidas,
que agradan á la vista y al oído,
mezclando el resplandor con el sonido.
Ya éstos se van con Dios; mas otros vienen:
sin duda son mujeres; son sin duda;
hoy á peligro pongo mi cocina,
por ser esta la gente más golosa.
¡Qué mano tan civil y tan hermosa!

*Entran DOÑA LAURA y DOÑA ESTEFANÍA, DOÑA LAURA ta-
pada de medio ojo y mostrando una mano blanca.*

DOÑA LAURA.

¿Qué tiene de civil?

MAESE.

Estas sortijas,
adonde está engreído el azabache.

DOÑA LAURA.

Antes me las admire que las tache,
porque en ellas campea su blancura.

MAESE.

Despéjense los mantos y veamos
parte de los semblantes.

DOÑA ESTEFANÍA.

No queremos,
que en la cocina estamos vergonzosas,
damas que aun despreciamos los palacios.

MAESE.

La cocina de amor es un alcázar
que á todos los palacios les precede,
de quien palacio ser cocina puede;
tizones ha tenido esta cocina
de mayor resplandor, de más belleza,
que aquí la nieve de carbón nos sirve.
Mas esta mano tiene gran peligro,
que como su blancura es forastera,
al calor de la lumbre se rindiera.

DOÑA LAURA.

Tratemos de guisar, señor Maese;
señor Maese, de guisar tratemos,
y menos tanto albor satiricemos.

DOÑA ESTEFANÍA.

¡Qué Maese de campo tan altivo!
Maese es de sartenes y calderas,
que tiene en las especias principado,
y así su vanidad necia la fundo
en que es tan especial por todo el mundo.

MAESE.

¡Vive Dios!...

DOÑA LAURA.

Bueno está, vamos al caso.

MAESE.

Vamos, pues lo mandáis.

DOÑA LAURA.

Yo quiero un hombre
á quien he dado prendas bien costosas,
que un tiempo fueron dél solicitadas,
y que casi las tiene ya olvidadas.

MAESE.

Guisaréle agridulce deste modo,
muy agrio para él, para vos dulce,
y después será dulce para entrambos.

DOÑA ESTEFANÍA.

¡Grandes secretos tiene esta cocina!
¡Peregrino guisado!

MAESE.

¿Peregrino?

Puedo hacer sazonadas y suaves,
que en la cocina del amor no hay cosa
que virtud no reciba de sabrosa.
Tomaréis dos puñados de unos celos
que vayan más picados que jigote,
como aquello que llaman picadillo,
y luego mezclaréislo con dos onzas
de risa en vuestro rostro, burladora
de aquello en que os ofende vuestro amante,
y abogaréis después este guisado,
que esto de celos siempre es abogado.
Para vos el guisado será dulce,
y para él tan agrio y tan acedo,
que humille á vuestros pies su tiranía;
y si le perdonáis y hacéis las paces,
al agrio le echaréis mil bendiciones,
pues un puntillo de agrio os asegura
gozar de tantos siglos de dulzura.

DOÑA ESTEFANÍA.

En el lenguaje está de la cocina
tan propio y puntual, que me da espanto.
¿Aún sabe hacer potaje de los celos?
Yo pensé que de amor en la botica
de los celos se hacía un mal brebaje,
pero no en su cocina tal potaje.

MAESE.

Y vos, ¿queréis guisaros?

DOÑA ESTEFANÍA.

Sí, quisiera.

MAESE.

Venga la relación, que estoy de prisa.

DOÑA ESTEFANÍA.

Pues yo tengo de hacerla muy despacio,
porque he de recorrer mi cartapacio.

MAESE.

Mientras le recorréis me voy.

DOÑA ESTEFANÍA.

Esperá.

MAESE.

Dejé cierto guisado puesto al fuego:
voy á ver como está, yo vuelvo luego.

DOÑA ESTEFANÍA.

Estoy yo á mayor fuego que el guisado;
así he menester más tu alivio.

MAESE.

Creo
que vienes á burlarte y á burlarme.

DOÑA ESTEFANÍA.

Agora lo verás con escucharme.

Yo pretendo á un mozuelo para esposo,
que es puntual, atento y recatado,
y con notable industria me enamora.

MAESE.

Ya os le tengo guisado, mi señora.
Dos puñados tomad de celosía
con cuatro onzas de recogimiento,
aunque para Madrid son muchas onzas:
esto lo polvoread con ojos bajos
que llevéis desde casa hasta los templos,
porque no habéis de hacer otra visita
de la calle Mayor y el Prado fértil.
Al guisado no echéis ni aun apariencias,
porque será el guisado desabrido
para este que anda en trances de marido.

DOÑA ESTEFANÍA.

Las cuatro onzas comutad os ruego
en otra cosa, que será imposible
que halle en toda la corte cuatro onzas.

MAESE.

En mi vida guisé desazonado:
todo esto ha menester el tal guisado.

DOÑA ESTEFANÍA.

No basta mi caudal para guisalle.

MAESE.

Pues el caudal prestárole no puedo,
basta que os aconseje el mejor modo
que no puedo serviros todo en todo.

SOTACOCINERO.

¡Socorro, que se abrasa la cocina!

MAESE.

¿Qué me decís, sotacocinero?

SOTACOCINERO.

Que está llena de fuego nuestra casa.
¡Socorro á la cocina, que se abrasa!
Eché para el guisado de unos celos
la cantidad de lumbre que pedían,
y háse pegado fuego.

MAESE.

¡Oh, santos cielos!
siempre temí que la abrasasen celos.

DOÑA ESTEFANÍA.

Huyamos, doña Laura.

DOÑA LAURA.

Los chapines

pienso dejar.

DOÑA ESTEFANÍA.

Y yo también te imito.

(Váanse las dos.)

Salen cuatro PICAROS de cocina con los instrumentos della.

PÍCARO.

¡Socorro á la cocina! ¡Fuego, fuego!

MAESE.

Acudan los amantes más llorones,
los que siempre se quejan de sus damas,
y maten tanto fuego con su llanto.

PÍCARO.

Nada es remedio para daño tanto.

MAESE.

Huyamos, pues, y abráse en buen hora, porque llevando aquí los instrumentos amor en cualquier parte hace cocina.

SOTACOCINERO.

Socorre á tu cocina, niño ciego, que siendo fuego te la abrasa el fuego.

70

VIII. — Las Aventureras de la Corte. ¹

MARCIO y FLORO.

FLORO.

Grande atrevimiento fué el de vuesa merced, señor Marcio, y casi resolución aconsejada por su desdicha el dejar á Valladolid, lugar moderado en las ostentaciones y acomodado en los gastos, y venirse á esta corte tragona de mayorazgos, arrastradora de príncipes. ¿Qué ha de hacer en la corte un hombre de sus años de vuesa merced, pues las canas son blancas y no de moneda, antes sus impedimentos la quitan?

MARCIO.

Calle, señor Floro, que sabe pocas flores; gaste lenguaje menos mesurado, que está el mundo muy enfadado de moralidades; mire, la corte es lugar de mucho gasto, pero en quien tiene habilidad es mayor el recibo.

FLORO.

¡Pobre de mí, que se me va despeñando el juicio! ¿Cómo es posible que viva en este lugar un hombre pobre y con tres hijas?

MARCIO.

Por eso digo yo que está vuesa merced muy bisono en la milicia ó malicia cortesana; antes no puede vivir aquí sino es quien tiene hijas, y más si han profesado como las mías en la tomajonería; personas son que las habían de enviar á todas las ocasiones en que estuviere cercada alguna ciudad ó fortaleza de enemigos, porque por tomar tomarían la fuerza más inexpugnable.

FLORO.

Según eso con ellas debe de hablar la segunda copla del Romance del Campo de Leganitos, que dice:

Donde las fieras arpías,
del vil linaje buscón,
solamente por tomar
salen á tomar el sol.

¹ En las *Fiestas de la boda de la incasable mal casada*. Madrid, 1622.

MARCIO.

¡Oh qué bien, oh qué bien! Señor Floro, habla con mis hijas en propios términos.

FLORO.

Pues señor, ¿no es más fácil decir que son mujeres de mal vivir y no tamajonas?

MARCIO.

Esa es la industria, esa es la fineza del ingenio, que, sin ser mujeres de mal vivir, ponen cerco á una bolsa; y asaltando las murallas de una faltriquera, la toman, digo alguna parte de lo que va en ella, porque ya nadie es tan necio que á las primeras vistas rinda toda la bolsa, sin recibir antes algunas prendas que le piquen el gusto y aviven la liberalidad; con esto, señor, comemos, aunque no mucho, y en Valladolid pasábamos todo el año en eterna vigilia; siempre para mi casa era cuaresma, siempre riguroso adviento, y esto fué tan verdad que el primer día que entré en Madrid me ahité de sólo el olor que recibí pasando, para ir á mi posada, por una calle que llaman los Bodegoncillos. Al fin, señor, en Madrid comemos, vestimos y pagamos casa, porque aquí tiene gran lucimiento y aparato la industria del ingenio. Vuesa merced se servirá de ser hoy mi convidado, y acompañarme para que tenga algún merecimiento en lo que se ha de comer, ó porque se entretenga el ver el modo cómo se adquiere, pues no tiene vuesa merced tan segura su renta en sus viñas y olivares, como mis hijas en el aire de su boca, que, aunque fundada sobre cimienta tan inconstante, es estable y fija.

FLORO.

¿Y á qué horas empiezan á buscar aventuras tan costosas, que en mi opinión nunca tendrán otro nombre, aunque vuesa merced más me las facilita?

MARCIO.

Habrás más de una hora que mi hija Leonor, que es, como sabéis, la más grande, salió con la criada y con el manto que llamamos de las aventuras á ver qué tales se le ofrecen, procurando volver á casa victoriosa de alguna empresa memorable.

FLORO.

¡Oh!, la Leonor es gentil moza; no me espantaré yo de que conquiste la miseria de un indiano, de uno destos que hacen la abundancia pobre, y se hallan mezquinos entre los abrazos de la riqueza; pero no hablemos destos tiranos de los serviles indios, y disfrutadores holgazanes de la fatiga ajena, sino volviendo á nuestro caso, pregunto: ¿al fin tienen estas señoras manto particular para ir á buscar aventuras?

MARCIO.

Y tan particular que, hasta que va la una y vuelve, no sale la otra de casa, haciendo sus jornadas por su orden, conforme son mayores en la edad.

FLORO.

Pues ¿quién las acompaña?

MARCIO.

Una criada que siempre lleva cubierto el rostro porque no vengan á ser conocidas por ella; ésta es aguda y advertida en los lances de la estafa, y tanto que de improviso, en viendo el semblante del hombre á quien ha de acometer, le conoce en las rayas del rostro el humor pecante, y forma en curioso lenguaje el razonamiento con que ha de ser acometido; y tienen tantas fuerzas estas palabras (yo no sé si ella en secreto las acompaña de otras), que apenas hay quién se resista, mostrando todos una liberalidad tierna, una mansedumbre tributaria.

FLORO.

Mirad, algo me parece que tiene de supersticioso en salir siempre con un manto solo; yo querría que, aunque en lo demás vuestras hijas no fuesen muy limpias, en esta parte caminasen con la corriente del uso común, y llenasen la confianza de sus buenas caras, pues la tienen y no en esta presunción fantástica.

MARCIO.

Mirad, todas ó las más mujeres son necias y en sus opiniones duras; por esto no me les opongo, supuesto que el salir con este manto tiene fundamento, sólo en haber hecho costumbre y no en más razón. Oid, que presumo que vuelve Leonor, y algo risueña: sin duda ha sido la presa á propósito.

LEONOR.

Ea, Francisca, llévale este manto á mi hermana doña Beatriz, y vaya luego, porque parece que la mañana nos ha empezado á hacer buen rostro.

FRANCISCA.

Voy, y espero que hemos de volver no menos lozanas, porque vamos más entrado el día y es fuerza que hallemos más gente á quien despojar. (Vase.)

MARCIO.

Hija, Leonor, dame cuenta de tu jornada, que sin duda los efectos han sido útiles, pues vuelves con tan animosos bríos.

LEONOR.

Dice, pues, la historia, y atención, porque es el punto gustoso: que bajando la tal doña Leonor desde la Plaza por la calle que llaman de la Ropería á la calle Mayor, haciendo con el manto la puntería que llaman de medio ojo, ostentativa de puños y airoso de talle, se le llegó un hombre al parecer forastero, montuoso de barba, pelón en la cabeza y en el vestido peloso, porque ella era calva y el de terciopelo de dos pelos, la tela del cuello era muy ruda, y los abanicos desiguales, porque ninguno dellos traía pegadillo. A la primera pregunta, siéndole preguntado de dónde era natural, y su edad, dijo ser de edad de cuarenta años, y natural del Alcarria. Apenas se le salió toda la Alcarria

por la boca, cuando Francisca, como si tal no hubiera querido hacer, se dejó caer de la suya una señoría desmandada como centinela perdida, diciendo: «Ya es tiempo de que se recoja vueseñoría, que este hábito de disfraz no es para muchas horas.» Yo que la entendí, inventando cólera, y previniendo injurias, mostré castigarla, porque me había descubierto, y al hombre le dije que se fuese, porque yo me había de entrar en una tienda de aquellas á esperar mis criados, y luego me retiré á la casa de la amiga que yo tengo en aquel sitio para tales ocasiones. El hidalgo alcarreño, que, á lo que él se dejó decir, había venido á esta corte á pretensiones graves, y quería servir á un señor, tanto para ayuda á la costa con el salario y ración que le diese, como para que le favoreciese en sus intentos, se le aplicó á Francisca al oído; y de golpe, sin más prevenciones, la propuso que se holgaría de servir al tal conde ó marqués cualquiera que él fuese mi esposo y marido, porque él sólo se había agrado de la señoría por mayor, y no quería examinar los particulares fundamentos della. Estando las cosas en este estado, llamé yo á Francisca y supe los capítulos del concierto, y luego la dije de modo que él lo oyese: «Mira si parece el mayordomo, porque quiero tomar de aquí algunas niñerías de guantes y tocas, y no se ha de quedar á deber nada, porque estas cosas que se fian, aunque sean menudencias, salen después muy caras.» El, que por ser tan largo de oídos como de orejas, lo oyó, por empezar á hacer desde luego muy del servicial, dijo: «Tome vuesa señoría lo que fuere servida, que aquí tengo dineros.» Yo que le oí decir vuesa señoría, en un tiempo que están las señorías tan sisadas, que todos dicen vusía, me animé á darle la herida, pues él se entraba por la espada, y tomando en todo hasta cantidad de cien reales, que él los pagó luego de contado en metal sonoro, le dí las gracias, y le mandé que acudiese á mi casa, que era enfrente de San Francisco y preguntase por la condesa de Carrión. El, que debía de ser leído en historias, reparó y dijo: «Condesa de Carrión, ¡oh, pesa á mí!, y qué noble debe de ser vuesa señoría, porque desde el tiempo del Cid, Ruy Díaz, se usaban en Castilla esos condes.» «Sí soy, respondí yo muy falsa, y lo confirmaré procurando que se acomode su persona; váyase por allá á la hora de comer y hable con el mayordomo, á quien habré dado orden para que le pague, y véame luego en todo caso, que tengo de ser muy fina solicitadora de sus aumentos.» Con esto él sacó pies haciendo unas reverencias, tan bien inclinadas, que se llevaba tras sí todo el cuerpo, y yo, perdiendo en toda la mercadería cantidad de veinte reales, se la volví á la misma joyera, por estar esto así entre nosotros asentado, y ella me entregó estos hermosos joyeles labrados en Segovia. Paréceme que el tal pretendiente de mi escuderaje anda ya por los barrios de San Francisco haciendo cuidadosa pesquisa por saber la casa de la condesa de Carrión, y que sirve de entretenimiento, así con esta pregunta, como con el traje de su

persona, á los bien entendidos, que fueren tan dichosos que le encontraren; vuesa merced, padre, juzgue si la jornada de hoy ha sido útil y feliz, y si tomaríamos por buena suerte encontrar cada día con la blanca credulidad de un hidalgo alcarreño, que, como la miel de allá es tan buena, todos deben de estar en conserva y se dejan comer tan fácilmente.

MARCIO.

¡Oh, hija de mi alma; oh, tú sola hija de mis entrañas! ¿Qué dice, señor Floro? Prevenga solemnidad para tan grande triunfo.

FLORO.

¡Jesús, señor; Jesús, Jesús!

MARCIO.

Paséme más adelante, que, aunque es tan bueno quedarse siempre en Jesús, deseo ver explicado su sentimiento.

FLORO.

Desea vuesa merced una dificultad muy grande, pero al fin digo que no me admiro del que cayó, sino de la industria con que se le puso el lazo, que me parece que fué tal que á mí me hubiera sucedido lo mismo; estas fantasmas de manto y basquiña, ¿andan por la corte y no las conjuran? Luego en la misma mula que vine me pienso volver á Valladolid, porque está muy á peligro mi vida en este lugar, digo mi bolsa, aunque todo es uno, porque no hay buena vida donde hay mala bolsa.

MARCIO.

No, por Dios, que os habéis de estar aquí algunos días, y ser nuestro huésped, donde gozaréis de algún regalo y no de poco entretenimiento.

FLORO.

Eso segundo me ha de obligar á obedeceros, porque yo siempre tuve el gusto muy curioso de novedades, y no hay plaza como la corte donde se ferien más ni más baratas.

MARCIO.

¿Así fuesen ellas verdaderas como son muchas?...

FLORO.

Pues siendo muchas, ¿cómo pueden ser verdaderas? Por lo menos todas entretienen, y en las falsas, cuando son verosímiles, me deleita no poco el ingenio sutil del que las inventó.

LEONOR.

Yo he menester retirarme á mi estudio á pensar la traza para mañana, que no querría descaecer del crédito grande que hoy he cobrado.

MARCIO.

Andad con Dios, hija, que eso es tener honra; estudiad norabuena, que aquí procuraremos hablar con mucho silencio, porque no os impida el ruido.

LEONOR.

Cierto que lo he menester, bien porque como madrugué tengo la cabeza más dispuesta para el sueño que para el estudio. (Vase.)

MARCIO.

Estas sí que son hijas virtuosas; cuántas gracias debo dalle al cielo, que me las dió, señor Floro; siempre son perpetuos estudiantes, y siempre eternos ejecutores de lo que aprenden en sus estudios.

FLORO.

¿Y quién es la más hábil destas tres señoras, que, aunque son hijas de unos mismos padres, naturaleza no da en igual sangre igual fortuna?

MARCIO.

Cierto, señor, que está eso muy dudoso; yo las he reconocido poca diferencia; con todo eso me parece Beatriz, aunque muy elegante en el razonado, la menos ingeniosa en las trazas, y la más afortunada en los sucesos, porque emprende unas cosas que no llevan camino y se sale con ellas; mas todo esto debe de ser en fe de la buena cara que tiene, que la hermosura, aunque se embarque en difíciles riesgos, de todos sale victoriosa.

FLORO.

Pienso que viene, y no con voz muy desconsolada; también este tahir creo que debe de haber ganado.

BEATRIZ.

Ea, lleva este manto á mi hermana doña Dorotea, y caminad las dos aprisa, que el día está de tan buen color que no habrá paso tan desaprovechado en que no se gane mucho. ¡Oh que tales han sido los míos!

FRANCISCA.

Si hoy no nos desempeñamos de nuestra mala fortuna, toda la vida será nuestra casa miserable hospital. (Vase.)

MARCIO.

Hija, cómo ha sido tu buen suceso y las calidades dél, que el saber que es bueno ya me lo ha dicho la risa de tu hermoso semblante.

BEATRIZ.

Requiebro, padre; pero bien lo merece mi buena diligencia, digo así. Yace, entre la calle Mayor y la plazuela que dicen ser de San Salvador, la una habitada de mercaderes y la otra de escribanos (dos posesiones, y entrambas en puesto público, del príncipe tenebroso), un sitio á que llaman la Platería. Este, pues, más lucido que la armería de Milán, es armería de amor, cuyos vulcanos, aunque no dioses, tratan en mejores metales porque labran, en vez del hierro helado, lo más rubio, lo más brillante del oro, lo más cándido, lo más terso de la plata, forjan armas contra el escuadrón inaccesible de Venus, contra la belleza, aunque humana, tanto más inhumana cuanto se convida para mayores humanidades. Aquí, donde hasta las piedras reciben perfección pulién-

dose y afeitándose, y entonces se hacen vendibles, imitando á las mujeres, que, después de habernos puesto en el mismo estado, nos vendemos por ellas, recibiendo en precio de nuestra hermosura lo mismo que buscamos para aumento della, conque es fuerza que siempre la traigamos vendida, si siempre en nuestra opinión está necesitada.

MARCIO.

Ea, vamos al caso; habla con menos gala y más en la verdad de la materia.

BEATRIZ.

Digo, pues, que en esta parte encontré un mozuelo, gran tahir de amor, que ha muchos días que me sigue los pasos por otra á quien debo de parecerme mucho, y hace con esto de que soy mujer casada; no he querido recibir dél ninguna dádiva por juzgarle amante ejecutivo, y que había de cobrar su liberalidad, ó en la misma especie, ó logrando su deseo; pero hoy, viéndole vestido de camino, y á lo que él me dijo de partida para Sevilla, donde estará algunos días, llamándome mi señora doña Antonia, que tal debe ser el nombre de la que él piensa que soy, me dió esta sortija, en quien estos siete diamantes forman una estrella que la sirve de corona, rogándome mucho con ellos, y aun casi puedo decir que padecí fuerza; importunóme el platero y algunos circunstantes, diciéndome que en recibilla no me obligaba á nada, porque el señor don Luis era caballero muy galante y solía dar mayores prendas sin más fin que pagar con ellas debidos sacrificios á una hermosura digna de veneración; yo, que los ví pecar en la lujuria de la elegancia y que eran jardineros del pulido lenguaje, porque el suyo era todo flores de concetos, atrevíme á la serenidad de sus musas, pareciéndome que unos espíritus tan elevados estarían abstraídos aún de la imaginación de los sensuales deleites; y calzándome la sortija en la mano izquierda y en el dedo del corazón, por darla en el dedo lo que la quitaba en la mano, arrojándole al mozuelo todos los rayos de mis ojos en los suyos, más socarrones que otras veces, le dije: «Alma culta, espíritu sonoro: el dón recibo con todas las condiciones aquí públicamente capituladas, asegurando que en mi estimación tendrá aventajado lugar quien en años tan verdes sabe ejercitar virtudes tan maduras.» El mudo en la boca y hablador en los pies, porque me hizo cortesés, aunque desairadas reverencias, con que vine á entender que estaba turbado, y lo confirmaron luego muchos rosados testigos en el semblante, se despidió de mí, tan atento á mis pasos, que me parece que le he traído entre los pies. Esta es la sortija triunfo de mi victoria, y la que pienso guardar toda mi vida para memoria de tan grande hazaña.

MARCIO.

¡Por Dios que es la aventura memorable, y que es justificado intento querer que se eternice! Señor Floro, ¿qué me dice vuesa merced?

FLORO.

Digo, señor, que lo referido contándomelo tercera persona no lo creyera, sino es que hubiera visto y oído, como agora me sucede, á mi señora doña Beatriz, que en el rostro es tan hermosa y en las palabras tan dulce y lucida, que estos despojos no sólo me admiran, pero me parecen pequeños y aun indignos de sus perfecciones.

BEATRIZ.

Yo, con licencia de vuestas mercedes, me retiro con mi hermana doña Leonor, porque quiero enseñarle la sortija y darle envidia con mi próspera fortuna. (Vase.)

FLORO.

No habiades de permitir que entre estas señoras se levantasen tempestades de envidia, porque es poner á peligro de que se anegue la concordia, que es la mejor prenda entre las personas que están atadas con vínculo de hermandad.

MARCIO.

No estáis en el caso: antes de aquí nace el hacer cada día con la competencia empresas mayores. Decidme, si entendéis las leyes de los diamantes, ¿qué valdrá aquella sortija?

FLORO.

Paréceme á mí que vale cuatrocientos reales, que para haber sido dádiva tan desinteresada es lucidísima dádiva, y dádiva propiamente, pues no tiene más fin que haberse dado.

MARCIO.

Tenéis razón; yo pienso venderla luego, porque está más seguro su valor en dineros que en piedras, y creo que un día que el mundo amanezca menos necio las han de arrojar en la calle, con justa desestimación de su vileza.

FLORO.

Escuchad, que me parece que siento ruido allá dentro: sin duda riñen aquellas señoras. Mirad si me recelo yo justamente.

MARCIO.

Dejadlas, por vida vuestra, que antes las he puesto en esta ocasión con arte, porque la mayor fiesta que os puedo hacer en esta casa es que las veáis reñir.

FLORO.

Más parecéis Nerón que padre; tal crueldad jamás pudo caber en mi imaginación. ¿Posible es que os alegréis de ver discordes las mismas hijas que engendrastes?

MARCIO.

Hermano, yo soy un padre muy á lo moderno, que tengo el gusto bastantemente sazonado; sólo trato de engordar, y en ningún tiem-

po, lo aseguro, más que cuando ellas riñen la una con la otra, porque deste modo gastan entre sí propias toda la munición y á mí no me cabe parte del fuego.

FLORO.

Por Dios que se vienen acá la una tras la otra; mirad cómo algunas veces son tales las ocasiones, que no basta huirlas para no encontrarlas.

MARCIO.

Yo soy tal, que nunca la habré más huído que agora que me sale al encuentro; tened cuenta, y veréis con la industria que me gobierno.

FLORO.

Con los chapines vienen en las manos, aunque ya no vienen, porque como me vieron han querido por huésped guardarme el decoro.

MARCIO.

Fineza es que con nadie hasta ahora la han hecho; lo cierto es que se les debió de acabar el enojo, porque nunca las he visto preciarse de tan modestas, y fuera necedad, siendo en otras cosas más importantes muy rompidas.

FLORO.

¡Oh!, qué padre tan desapasionado, qué libre de naturales afectos. Notables alabanzas os deben estas señoras.

MARCIO.

Mirad; yo, con los amigos, soy muy claro, y más con aquellos á quien tengo por tan entendidos que hallan muy claro, aun lo mismo que les pintamos muy oscuro. Esta que viene aquí es Francisca, y sola, sin Dorotea; por Dios que me recelo de alguna desgracia. ¿Qué tenemos, amiga?

FRANCISCA.

Mi señora doña Dorotea está en la cárcel.

MARCELO.

En la cárcel y llevando el manto de las aventuras, y en día que para sus hermanas fué tan dichoso, ¿qué es esto? Dime, ¿qué es esto?

FRANCISCA.

La verdad es que su merced queda presa en casa de un alguacil sobre haberse desmelenado con ella una mujer casada, porque la vió hablar con su marido; descalabraronse con palabras de mayor cuantía, y sangraronse las encías y las narices; cosa es que tendrá remedio con dineros; vuesa merced venga paciente, liberal y solícito, que todo es menester.

MARCIO.

Vamos, vamos, que quien anda en aventuras no se ha de espantar de ningún suceso, porque más cierto es venir las malas que las prósperas y felices.

FLORO.

Yo me quiero volver á mi posada, porque si

ando entre esta gente serán mis coronistas los escribanos del crimen, y es corónica tan peligrosa, que jamás se tienen con ella seguras las espaldas.

(Muerta la luz del cielo, y con la artificial de unas hachas, dieron fin, y prosiguieron con la comedia intitulada *El Malcontentadizo*, porque á los oyentes les cupiese parte en el título, si con tanta variedad no quedasen gustosos.)

71

IX.—El Malcontentadizo.¹

Salen SALAZAR, GUZMÁN y ORDÓÑEZ, criados del caballero malcontentadizo.

SALAZAR.

¿Hay tal señor? Paréceme preñada de las que, con melindres y con ascos, muestran, cuando es preñado primerizo, un rostro á todo malcontentadizo.

GUZMÁN.

Sírvase de ministros de redoma, destos que llama el mundo familiares; y no sé si podrán causalle gusto, porque él es, en su imperio, tan violento, que aun con ser éstos infernales rayos, tendrán, en su obediencia, mil desmayos.

SALAZAR.

Sus extrañas visajes en el rostro, tanto azogue en los pies, tanto en las manos, ¿á quién no pone espanto, á quién no admira? Inventor ser de máscaras pudiera, según tiene la casa visajera.

ORDÓÑEZ.

Hombre es que aún aborrece sus acciones, y sólo desta pienso que se agrada, que es de saber que no le agrada nada. ¡Oh, pobre don Calixto!

DON CALIXTO.

¡Hola!

GUZMÁN.

Ya llama.

ORDÓÑEZ.

Dijistes mal, no llama, sino viene; hasta en el rostro el descontento tiene.

Salen DON CALIXTO.

DON CALIXTO.

¿Sabéis la hora que es?

ORDÓÑEZ.

Darán las nueve.

DON CALIXTO.

Esa es la que será. De rabia muero. ¿Que sufra á un bruto yo, por mi dinero? La hora que es presente he preguntado.

¹ En las *Fiestas de la boda de la incasable mal casada*. Madrid, 1622.

ORDÓÑEZ.

Señor, las ocho son.

DON CALIXTO.

¡Qué gentil tocho, dice darán las nueve, y son las ocho!

ORDÓÑEZ.

¿Pues lo uno, de lo otro, no se infiere?

DON CALIXTO.

¡Para qué, decid, necio, he de inferirlo, si lisamente vos podéis decillo! ¿Cómo, si no pudieran las ideas, ocuparse en sujetos más sublimes, sin buscarles la vida á los badajos, cuando han de tener sin tantos trabajos?

ORDÓÑEZ.

Por cierto...

DON CALIXTO.

No hay por cierto; en ocho días no me habléis más palabra.

ORDÓÑEZ.

Señor...

DON CALIXTO.

Quiero que aún no veáis mi rostro desorero.

SALAZAR.

¿Qué es desorero?

DON CALIXTO.

El que ignora las horas, que es una barbarísima ignorancia.

(Vase ORDÓÑEZ.)

GUZMÁN.

¿Esto es, señor, que ya va despedido?

DON CALIXTO.

De mi rostro no más, no del partido. Goce de mi ración, tire mis gajes, y sólo sirva de azotar los pajes, que no le dejo más de maestresala.

GUZMÁN.

La hora en que él habló, fué en hora mala; andaos á prevenille las respuestas. ¡Por Dios, que aunque pregunte más que un [físico]

al triste enfermo, en la primer visita, que he de poner prisiones á mi lengua por excusarme de tan baja mengua!

DON CALIXTO.

Aquel rocín, ¿es bueno para el coche? Digo si aquel rocín es á propósito. ¿Cómo no respondéis, caballero? Parece que os han dado algún hechizo.

GUZMÁN.

Por Dios que ya no puedo resistirme; forzoso es responder: señor, muy bueno.

DON CALIXTO.

¿Habéisle visto vos tirar?

GUZMÁN.

No he visto.

DON CALIXTO.

El cuchillo seréis de don Calixto; pues ¿cómo lo afirmáis?

GUZMÁN.

Porque el buen talle engendra presunción de que él es bueno.

DON CALIXTO.

De vos propio queréis ser abogado, porque sois bien dispuesto y aliñado. ¿Y no mienten los talles?

GUZMÁN.

Pocas veces.

DON CALIXTO.

Pues ¿cómo tanto en vos nos ha mentado, que estáis por un flojazo conocido? Si el rocín es cual vos, es mala bestia; desatentado en la respuesta fuistes, pues por el talle su elección hicistes; ios con el rocín por cuatro días y conversad con él, que esta es la pena que me parece que os vendrá más buena.

GUZMÁN.

Señor, ya voy.

DON CALIXTO.

¿Adónde va aquel necio?

SALAZAR.

Á obedecer sentencia tan penosa.

DON CALIXTO.

¿Cómo es eso, de veras lo ha tomado? ¡Que hasta en eso he de ser yo desdichado! Llamadle luego.

SALAZAR.

Ya, señor, él vuelve, porque sintió la voz, aunque de lejos.

GUZMÁN.

¿Lláname vuesarced?

DON CALIXTO.

Sí, ven.

GUZMÁN.

¡Gran ira!

DON CALIXTO.

Venid acá: ¿qué acciones inhumanas habéis visto en mí? ¿Soy yo tan perdido que había de cautivar entre las bestias el alma racional de un fiel católico? Vos me juzgáis de espíritu diabólico, mal miráis por mi honor, mal por mi fama; haced poner el coche.

GUZMÁN.

¿Para luego?

DON CALIXTO.

Mandadme luego abrir la sepultura, que es mejor que sufriros tal locura. Para luego es pregunta entre hombres sabios; yo no pienso entrar más en ese coche. Ídlo al punto á vender, al mismo instante,

que no quiero tener más pesadumbres.
¡Oh coche ocasionado y pendenciero,
vete á rodar y venga mi dinero!

SALAZAR.

Señor, el pobre coche, ¿en qué ha pecado?

DON CALIXTO.

Dejadme, que aun aquí siento su ruido;
de sus golpes estoy muy ofendido.

SALAZAR.

Todos, menos ó más, dan esos golpes;
y así, señor, por ello pasan todos.

DON CALIXTO.

¡Qué amigo estáis de coche, vive Cristo!
Que también el esclavo vender quiero,
sólo porque ha servido de cochero;
acabad de vestirme.

SALAZAR.

¿El cuello es éste?

DON CALIXTO.

Y ¿no me he de lavar?

SALAZAR.

Será forzoso.

DON CALIXTO.

¡Que yo me he de acordar de ser curioso!
Nunca me lo acordáis, terrible caso;
venga el agua.

SALAZAR.

Señor, ésta es del río.

DON CALIXTO.

Él pudiera venir algo más frío,
despeñado de aquellas serranías.
¿Cómo viene este arroyo tan caliente?

SALAZAR.

Es la ocasión el ser caniculares.

DON CALIXTO.

¿Que estos perros nos den tantos pesares,
como sufren ladridos en la esfera?

SALAZAR.

Desde el río á la esfera se ha pasado,
que de todo se halla disgustado.
No perdona á las aguas ni á los cielos.

DON CALIXTO.

No éntre más en mi casa ni una gota
de agua de Manzanares.

GUZMÁN.

¡Qué locura!

DON CALIXTO.

Sospecho que me ha dado calentura;
dadme el cuello, pondrémelo yo mismo.

SALAZAR.

Hele aquí vuesa merced.

DON CALIXTO.

Poco azul tiene.

SALAZAR.

Echarémoste más para otro día.

DON CALIXTO.

Una trenza he rotpido, y otra y otra;
cortadme estas dos manos luego, luego.
¡Por Dios que soy el hombre más inhábil
de cuantos en el mundo he reconocido!
Morder quiero mis manos.

SALAZAR.

Muerde, muerde,

aun de sí mismo el bárbaro se agravia;
todo es ira, furor, ponzoña y rabia.
Señor, aquí el remedio está muy fácil:
suspenda vuesa merced tanto disgusto.

DON CALIXTO.

Por ser contra mí propio, aún es más justo;
sin cuello tengo de salir de casa
para hacerme otra vez bien advertido,
sólo porque las trenzas he rotpido.

GUZMÁN.

Aquí traen un papel de aquella dama.

DON CALIXTO.

Este parece que es de Florentina,
mujer con muchas luces de divina. *(Lee el papel.)*

SALAZAR.

Veamos si este papel, por ser de mano
de una dama, le agrada todo en todo.

GUZMÁN.

Mal á tal pensamiento me acomodo.

DON CALIXTO.

¿Qué ruido es éste?

GUZMÁN.

Es el reloj de casa
que, á lo que yo presumo, da las nueve.

DON CALIXTO.

¿Estando yo leyendo, á dar se atreve?

SALAZAR.

Señor, debió de dar la hora precisa.

DON CALIXTO.

No se puede sufrir este pesado,
¡vive Dios que es un necio muy cansado!
Cuando con atención, suspenso y mudo,
estoy en un papel, se escarapela,
y me embiste con nueve badajadas
tan perezosas como bien pegadas.
¿No fuera más razón que él me esperara
á dar fin al papel, y no que fuera
yo quien esperándole estuviera?
En esto habremos de poner remedio.

SALAZAR.

Yo hallo que el remedio es muy difícil.

DON CALIXTO.

Como el coche, se ponga en almoneda,
porque ser fácil el remedio pueda.

SALAZAR.

¡Por Dios que está la casa peligrosa,
si della aun se despiden los relojes!

DON CALIXTO.

Si me hallo del reloj tan mal servido,
¿no queréis vos que vaya despedido?
Quiero acabar de leer.

GUZMÁN.

Humor terrible.

¿Si acaso tiene este hombre algún espíritu?

SALAZAR.

Yo pienso que es lo más melancolía
de aquella irremediable hipocondría.

GUZMÁN.

Callad, que es condición perversa y bárbara;
si fuera mal, tal lástima me diera,
que por los ojos mares ofreciera.
Oid, que el papel rompe.

DON CALIXTO.

Poco sabe;

mejor habla que escribe.

SALAZAR.

¿Qué respuesta

le tenemos de dar á la criada,
que es una moza altona y de buen brío,
destas que son escándalo del río?

Entra SABINA.

DON CALIXTO.

Éntre la tal mozueta; ¡oh mi Sabina!
¿Qué hace tu señora, en qué pensaba
cuando escribió un papel que es tan prolijo?

SABINA.

Al mismo tiempo le escribió á su hijo.

DON CALIXTO.

Escucha, di por Dios, ¿cómo hijo tiene?
Pues ¿cómo ha consentido galantearse,
que no está en razón buena permitido
que se festeje á la que ya ha parido?
Una mujer que es ya señora madre,
y sabe de pañales y mantillas,
¿permite que el amor le haga cosquillas?
Esto es lo que me acaba la paciencia.

SABINA.

Si es tan linda, tan moza y tan lozana,
que trae en sus mejillas la mañana;
si apenas tiene el hijo siete años,
ni ella veinte y uno, estos desprecios
me parecen inútiles y necios.
Al fin es vuesarced un...

DON CALIXTO.

¡Qué atrevida!

Echadla al muladar, llevadla luego
á los carros portantes de basura.

SABINA.

¡Vive Dios que es frenética figura. *(Váse.)*

GUZMÁN.

El pintor viene con aquel retrato.

DON CALIXTO.

Bueno; si trae el retrato de mi prima,
no podrá haber andado lisonjero
en la copia feliz de aquel lucero.
A tantas hebras de oro, á tanto rayo,
á tanto verde Abril, á tanto Mayo,
no sé cómo copiar bien ha podido,
si él no tiene un espíritu lucido.
Decilde que éntre, venga norabuena.

Entra el PINTOR.

PINTOR.

Aquí traigo, señor, aquel retrato,
que pienso que ha salido verdadero.

DON CALIXTO.

¡Jesús, qué escandaloso majadero!
Yo no le quiero ver, echadle fuera.
¿Delante de mí habláis tan confiado?
Nada me ofende más que presunciones.

PINTOR.

No han sido presumidas mis razones,
que ¡vive Dios! que aun á cobrar su cuerpo
otra vez de Timantes el espíritu,
no hubiera imitación tan animosa.

DON CALIXTO.

Mirad que es la arrogancia peligrosa.

PINTOR.

El retrato descubro.

SALAZAR.

Él se suspende.

GUZMÁN.

Y tiene gran razón. ¡Oh copia ilustre!
¡Oh robo de hermosura bien logrado!
¡Oh artífice divino, oh mano diestra!
Desde hoy estimaré más la pintura,
por quien se inmortaliza la hermosa.

PINTOR.

¿Qué dice vuesarced?

GUZMÁN.

Pues no responde,
él está de la obra satisfecho.
Vos sólo sois quien esto ha merecido.

PINTOR.

Con razón quedará desvanecido.

DON CALIXTO.

Poca arte tiene, poca maestría,
pues no ponéis aquí el *atatis sua*.

PINTOR.

Á las damas jamás la edad se cuenta,
porque se tiene entre ellas por afrenta.

DON CALIXTO.

Pues yo quiero el retrato dese modo.

PINTOR.

Enmienda fácil esa culpa tiene.

DON CALIXTO.

¿Cómo á mis manos sin enmienda viene?